

T O Y O
S H I B A T A



Recoge la luz del sol
con las manos



Mi nombre es Toyo Shibata. Tengo 101 años. A lo largo de mi vida he protagonizado momentos buenos y malos. He sufrido guerras, bombardeos y terremotos. He experimentado el miedo y en ocasiones he deseado morir debido al acoso, a la traición y a la simple tristeza. He sido madre. En la actualidad vivo sola y recibo a menudo la visita de mi hijo. Cuando se acerca la hora de su marcha pierdo el ánimo pero intento reconfortarme y me digo «sé fuerte, aún se puede recoger la luz del sol con las manos». Empecé a componer versos a los 92 años y me he dado cuenta de que a pesar de las dificultades existo gracias a mis recuerdos y a las personas que me han acompañado en este viaje. Aunque me pese la soledad cada mañana me pinto ligeramente los labios y me alegro de ver el sol a través de la ventana, otra vez..., y sonrío.

Toyo Shibata

Recoge la luz del sol con las manos



Título original: *Kujikenaide*
Toyo Shibata, 2010
Traducción: Keiko Takahashi y Jordi Fibla, 2012

Revisión: 1.0
Fecha



Toyo Shibata

Vivamos como lo hace la señora Toyo

Esta antología de poemas es la primera obra de Toyo Shibata, que vive en Tochigi, al norte de Tokio, y está a punto de cumplir 100 años. No son solo los lectores de la sección «El poema de la mañana», que publica el diario *Sankei* quienes aguardan ilusionados la llegada del poema de la señora Shibata, sino que yo misma soy la primera en esperarlo, entre las numerosas tarjetas postales con poemas que recibo a diario, y cuando por fin llega tengo una sensación de frescura, como si me acariciara una brisa muy agradable.

Deseosa de vivir como lo hace la autora de estos poemas, también yo me pinto ligeramente los labios cada mañana delante del espejo, aunque no tenga que ver a nadie. Imito su estilo de vida para encontrarme conmigo misma.

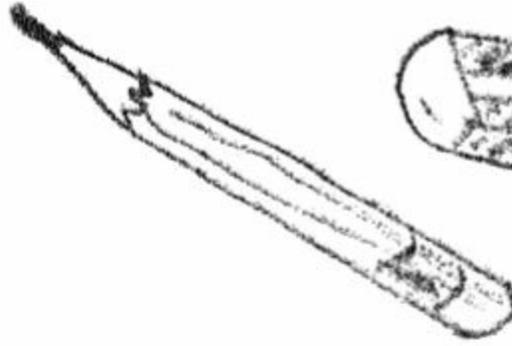
El hecho de que la señora Shibata conserve una sensibilidad tan lozana como la suya a la edad que ahora tiene es realmente fantástico. Incluso en el mundo de los poetas profesionales resulta raro en extremo que una persona llegue a centenaria en unas condiciones como las suyas.

Así pues, siempre tengo a mano su antología poética, en la que día tras día encuentro alimento para el espíritu.

Muchas gracias, Toyo Shibata, la más veterana y estupenda entre nosotras, las mujeres, y madre en la que los hombres pueden confiar.

KAZUE SHINKAWA,
poeta y compiladora de los poemas para la sección
«El poema de la mañana» del diario *Sankei*

Samen



**Recoge la luz
del sol con las manos**

Madre, I

Pienso en mi desaparecida madre
cuando, tal como yo ahora,
llegó a los 90 años.

Cada vez que iba a visitarla
a la residencia de ancianos,
la hora del regreso era penosa.

Mi madre siempre me acompañaba
hasta la salida.
Todavía recuerdo claramente
aquel cielo nublado
y las flores de cosmos mecidas por la brisa.

Cuando cierro los ojos

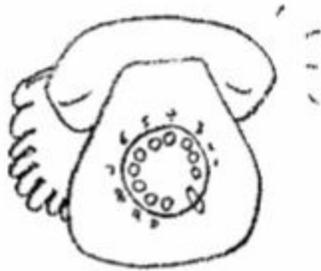
Cuando cierro los ojos,
voy de un lado a otro,
animosamente,
con coletas,
y la voz de mi madre me llama.

Nubes blancas se deslizan por el cielo,
un campo de flores de colza
se extiende por todas partes.

Ahora, a los 92 años,
cuán delicioso es el mundo
que veo durante una hora,
cuando cierro los ojos.

La fuerza para vivir

Ahora, superados los 90,
qué precioso es cada día.
La brisa que me acaricia las mejillas,
la llamada telefónica de algún amigo,
las visitas que recibo.
Cada una de esas cosas
me procura la fuerza para vivir.



A mi hijo, I

Si te ocurriera algo amargo
piensa en tu madre.

Guardarle rencor a alguien es inútil,
luego estarás disgustado contigo mismo.

Mira el lado de la ventana.
El sol ha penetrado,
los pájaros cantan.

Ánimo, ánimo, dicen los pájaros
al cantar.
¿No los oyes, Ken'ichi?

La brisa y el sol

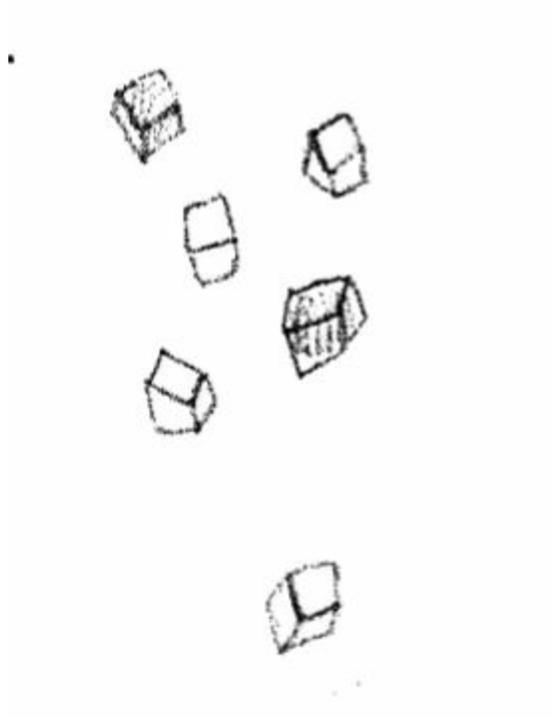
Cuando estoy sentada en la galería abierta,
con los ojos cerrados, la brisa y el sol
me murmuran: «¿Qué tal esa salud?».
«¿Y si dieras un paseíto por el jardín?».

«Sí, voy a intentarlo», respondo en mi interior.
Y diciendo «aúpa», me levanto.

Hacia la disolución

El sonido del agua caliente
vertida por el termo
es como el de unas palabras tiernas.

Dentro de la taza
el azucarillo de mi corazón
avanza plácidamente
hacia la disolución.



Madre, II

Corría detrás de mi madre
con el molinillo de viento en alto.
La brisa era suave,
el sol me calentaba.

La cara sonriente
de mi madre al volverse
me tranquilizó
y pensé que quería hacerme adulta
cuanto antes
para practicar la piedad filial.

Ahora que he superado
la edad que alcanzó mi madre,
oigo su voz cuando era joven
en el viento que sopla
al inicio del verano.

Yo, I

Desde que, pasados los 90,
empecé a escribir poemas,
cada día tengo algo por lo que vivir.
Aunque estoy en los huesos,
mis ojos calan el corazón del prójimo,
mis oídos oyen bien el susurro del viento,
mi boca, ¿sabéis?, se expresa con vigor.
Y al recibir las alabanzas de todos
me alegro y se renueva
mi deseo de esforzarme.

Respuesta

Con voz zalamera
el viento me dijo al oído:
«Ya va siendo hora
de que vayamos al otro mundo».

Así que le respondí en el acto:
«Quisiera quedarme aquí un poco más,
porque tengo cosas que hacer».

Con cara de perplejidad,
el viento se apresuró a marcharse.

Al doctor

No me llame abuelita.
«¿Qué día de la semana es hoy?»,
«¿cuántos son nueve y nueve?».
Deseo que no me haga
esas preguntas estúpidas.
«Señora Shibata, ¿le gustan los poemas
de Saijo Yaso?»,
«¿qué opina del gobierno de Koizumi?».
Si me hiciera esa clase de preguntas,
qué contenta estaría.



Para mí misma

Una a una
las lágrimas caen
sin cesar del grifo.

Sean cuales fueren tus penalidades,
por triste que sea lo que te suceda,
amargarte pensando en ello
no te servirá de nada.

Abandónate,
abre bien el grifo
y deja que las lágrimas caigan
de una sola vez.
Ya está, y ahora
tomemos café en una taza nueva.

Recuerdo, I

Cuando te anuncié
que habíamos sido bendecidos
con un hijo, me dijiste:
«Qué contento estoy, a partir de ahora
trabajaré en serio».

Aquel día volvimos a casa
caminando muy juntos
bajo la hilera de cerezos,
aquel día que fue
el más feliz de mi vida.

Olvidar

A medida que te haces mayor
tienes la sensación de que te olvidas
de todo tipo de cosas.

Los nombres de la gente,
ideogramas,
muchos recuerdos.

¿Por qué te entristece
haberte olvidado de todo eso?

Es preciso olvidar para ser feliz.
Es preciso olvidar para conformarse.

¿Oyes el canto de la cigarra?



Palabras

A veces me doy cuenta
de que algo que he dicho
sin mala intención
ha herido a alguien.

En tales ocasiones me apresuro
a visitar el corazón de esa persona
y, mientras le pido perdón,
con la goma de borrar y el lápiz
corrijo mis palabras.

Dios

En otro tiempo,
por el bien del país,
los jóvenes corrían a la muerte.

Ahora
hay niños que se suicidan
debido al sufrimiento
del acoso en la escuela.

Dios,
¿por qué no les has dado coraje
para vivir?

Pon de rodillas con Tu poder
a los que hacen la guerra
y a los acosadores.

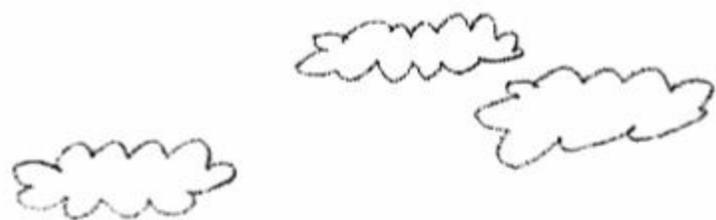
Habitación de hospital

Por primera vez, a los 95 años,
comparto una habitación de hospital.
Somos cuatro mujeres,
y las otras tienen 94, 89 y 86.

Las respectivas familias
vienen el día de visita
y la habitación se llena de ancianos.

En el pasillo las sillas de ruedas
causan congestión de tráfico.

Con las risas de la gente a mis espaldas,
me apoyo en el brazo de mi hijo
y contemplo el cielo claro
desde el lado de la ventana.



Para ti, I

Te encoges diciendo que no puedes
y haces mal.

También yo, a lo largo de 96 años,
he acumulado una montaña
de cosas que no pude hacer.

Practicar la piedad filial con mis padres,
educar a mi hijo,
aprender multitud de habilidades.

Pero me esforcé al máximo, ¿no es cierto?
¿Y no es eso lo más importante?

Vamos, levántate,
y trata de conseguir algo,
para que luego no tengas
que arrepentirte.

La familia

El día que mi nuera y mi hijo discuten,
el cielo se nubla en un instante.

Al día siguiente,
cuando mi nuera me pide disculpas
por haberme causado preocupación,
la luz del sol me envuelve.

Deseo vivir indefinidamente así,
bajo el cielo sereno,
ya que el destino ha querido
que seamos una pequeña familia.



Juntos en el cuarto de baño

En el cuarto de baño,
el día de Año Nuevo, al salir el sol,
la luz deslumbrante de la mañana
penetra a través de las gotas
en el cristal de la ventana.

Dejo que mi hijo sexagenario
lave mi cuerpo,
que es como un árbol seco.

Aunque no lo hace tan bien
como la asistente,
cierro los ojos, encantada.

Como para ensayar el inicio del año,
a mis espaldas oigo
tararear una canción.
Es la canción que te cantaba
cuando eras pequeño.

Si te sintieras triste

Cuando te sientas triste,
recoge con las manos ahuecadas
la luz del sol que penetra
por la abertura de la puerta
y llévatela a la cara
una y otra vez.
Ese calor
es un calor de madre.

Tu madre se esfuerza, ¿no es cierto?,
musito mientras me levanto.



El viento, el sol y yo

Como el viento llama
a la puerta de vidrio,
le dejo entrar.
Y ya que también entra el sol,
los tres nos ponemos a charlar.

«¿No te entristece estar sola, abuela?»,
me preguntan el viento y el sol.
«A la larga,
todo ser humano está solo»,
les respondo.

Lo mejor es vivir
sin hacer grandes esfuerzos
y con despreocupación.

Los tres nos echamos a reír.
Cae la tarde.

No te desalientes

Escucha...
no suspires diciéndote
que eres infeliz.
Ni el sol ni la suave brisa
muestran favoritismos.

Puedes soñar
con imparcialidad, ¿sabes?

Mírame,
aunque haya sufrido penalidades,
me alegro de vivir.
Tampoco tú te desalientes.

Yo a los 96 años

«¿Qué piensa, señora Shibata?»
me preguntó la asistenta
poniéndome en un brete.

Pienso que la sociedad actual
está equivocada
y debería corregirse,
pero finalmente
tan solo exhalé un suspiro
y sonreí.

A mi hijo, II

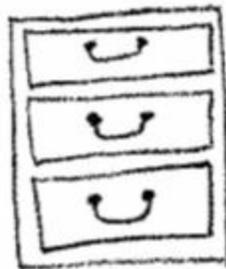
Que no te preocupe
la senilidad de tu madre.
Hoy es domingo, ¿verdad?
Todavía comprendo, Ken'ichi,
que eres un hijo único afectuoso
y una persona irritable.

Vamos, vamos, hijo mío,
ocúpate de tus cosas.

Ahorro

Ahorro en mi corazón
la amabilidad del prójimo
para sacarla
en momentos de tristeza
y hallar consuelo.

También tú, desde ahora,
ahorra de esta manera.
Es mejor que una pensión,
créeme.



Para ti, II

Es más importante, de veras,
tener el valor de olvidar
que hacer sufrir, persiguiéndolo,
al ser amado.

Después de lo ocurrido
lo comprenderás muy bien.

Hay quien se preocupa por ti,
pero no te das cuenta.

Cielo

Cuando estoy triste
miro las nubes
que parecen una familia,
que parecen un mapa de Japón,
que se persiguen,
y me pregunto
hacia dónde se deslizan.

Al anochecer,
nubes de un rojo vivo.
Por la noche,
el cielo cuajado de estrellas.

También tú necesitas
alzar los ojos al cielo.

Felicidad

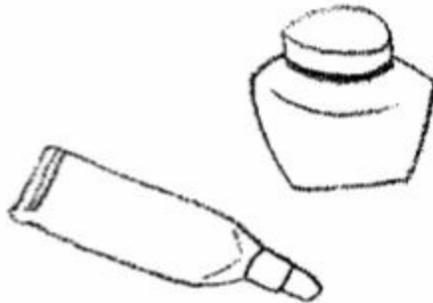
Esta semana
me he bañado con la enfermera.
A mi hijo se le ha curado el resfriado
y los dos hemos comido *curry*.
Mi nuera me ha acompañado al dentista.
¡Qué serie de días felices!

En el espejo de mano
me veo radiante.

Maquillaje

Cuando eras alumno de primaria
tus compañeros te decían:
«Qué madre tan guapa tienes»,
y esas palabras me ponían contenta.

Ahora que tengo 97 años
me maquillo cuidadosamente,
por si alguien me alaba.

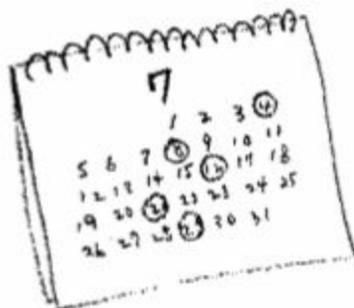


En el aniversario de tu muerte

He soñado contigo
y, al contárselo a Ken'ichi,
«También a mí me gustaría verle»,
me ha dicho.
Cómo os peleabais, ¿verdad?
Yo estaba muy nerviosa
y no sabía qué hacer.
Ahora él me trata con mucha dulzura,
juntos componemos poemas.
¿Por qué no participas tú también?

Yo, II

Cosas que siempre dejo
sobre la almohada de la cama:
una radio pequeña, sobres de medicinas,
cuaderno y lápiz para escribir poemas.
De la pared pende un calendario
y debajo de las fechas
figuran las visitas,
el nombre y el horario de la asistenta
y, señalado con un círculo rojo,
el día que vendrán mi hijo y su mujer.
Así he vivido ordenadamente
durante dieciocho años de soledad.



El ventilador

El ventilador no puede girar
sin producir un golpeteo.
Qué ruido tan molesto
ese continuo *kata kata*.

Tomo la firme decisión
de comprar uno nuevo, mañana mismo,
después de cuarenta años con este.

Gracias por el dulce viento
y descansa tranquilo, ¿eh?

Cupón para un masaje de los hombros

Cosas que saco del monedero polvoriento:

Para papá y mamá

cupón para quince minutos

de masaje de los hombros

(Podéis utilizarlo hasta diciembre del año 31, ¿eh?^[1]).

Ken'ichi.

En aquel entonces, mi hijo, alumno de primaria,

con papel de paja confeccionó

un fajo de pequeños cupones.

Me pregunto si servirán todavía.



El teléfono

Cuando suena el teléfono
y por fin logro levantarme,
con frecuencia es un vendedor.
Al rechazar su oferta,
la voz melosa se vuelve hosca
y el hombre cuelga bruscamente.

Me pregunto si no habrá en algún lugar
un teléfono que solo me procure
charlas agradables.

Recuerdo, II

En la estación,
con el niño cogido de la mano,
esperaba tu regreso.
Al distinguirte entre la multitud
agité la mano.
En el camino
por donde volvíamos los tres,
flotaba el dulce aroma del osmanto,
en alguna casa
la radio emitía una canción.

Me pregunto si todavía
aquella estación, aquel camino
seguirán en buen estado.



La mañana llega

Desde que tomé la decisión de vivir sola
me he convertido en una mujer fuerte.
Claro que muchas personas me han ayudado.
He comprendido
que hace falta valor para aceptar
dócilmente esos mimos.

«No soy feliz...».
A ti, que esto dices suspirando,
también te llegará invariablemente la mañana.

La luz de la mañana te llegará sin falta.

Si hubiera un par de horas

Numerosos son los casos
pendientes de resolver en el mundo.
El inspector Colombo,
el inspector Ninzaburoo Furuahata^[2]...
Seguro que si esos dos colaborasen,
no habría delincuentes sin detener.

Si hubiera un par de horas.



Me siento afortunada

El perfil de mi hijo que, sentado al *kotatsu*^[3],
sonriente, mira la televisión
es idéntico al de mi marido cuando era joven.

Con las galletas y el té inglés delante,
miro su perfil a hurtadillas.
Me siento afortunada
en esta tarde de invierno.

El grillo

Cuando, sentada al *kotatsu*,
me puse a escribir un verso que comenzaba:
«La verdad es que yo...»,
las lágrimas me anegaron los ojos.
En algún lugar cantaba un grillo:
«No quiero jugar con alguien que llora».
Grillo que cantas cri-cri,
vuelve mañana,
que te estaré esperando
con la sonrisa en los labios.

Felicitación de Año Nuevo

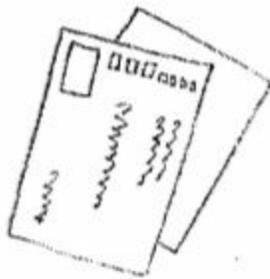
Una y otra vez él miraba tu tarjeta postal
felicitándonos por el Año Nuevo.

«En fin», decía, «parece que está bien.

No hay que preocuparse».

Todos los años, el 1 de enero,
recuerdo a tu padre.

Por más que os peleais
cuando estabais juntos,
te quería mucho, ¿sabes?



El puente al que viene la felicidad

Iba a llorar al pie del Kooraihashi^[4]
porque era objeto de acoso
en mi lugar de trabajo.
Fuchan, mi compañera,
me decía sonriente: «Vamos, ánimo».

El murmullo del río Uzuma,
el cielo azul, las nubes blancas,
el puente al que viene la felicidad.

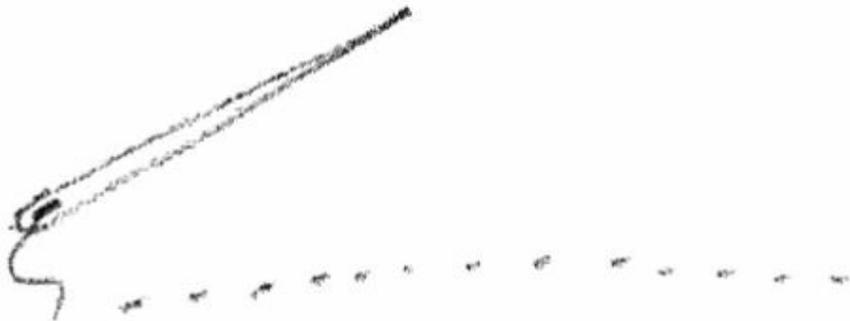
Fuchan, dulce Fuchan,
me sentí con ánimo para seguir adelante,
la que fui yo hace ochenta años.

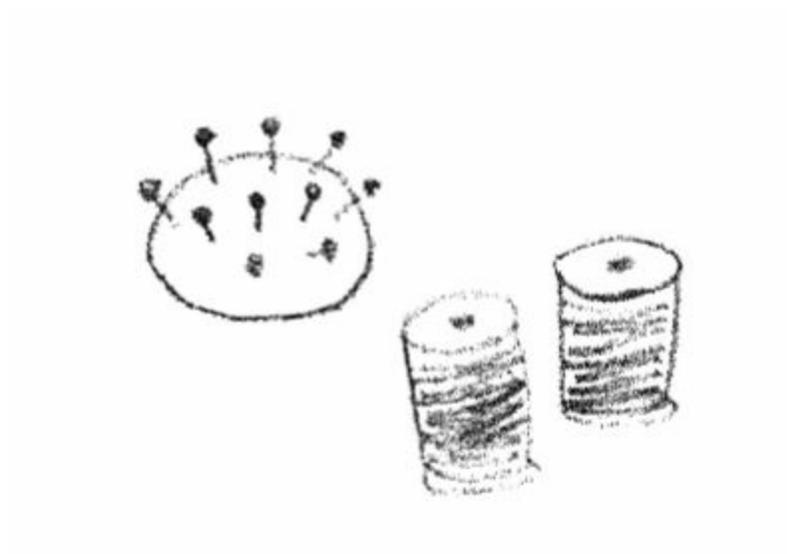
Secreto

Ciertamente he pensado muchas veces
que quería morir.

Pero, desde que empecé a escribir poemas,
he recibido el apoyo de muchas personas.
Ahora no me quejo nunca.

Aunque tenga 98 años, me enamoro, ¿sabéis?,
y sueño y deseo subirme a las nubes.





Mi paso por el mundo...

«La mañana llega sin falta»

Entre las eras Meiji, Taiso, Showa y Heisei he vivido un siglo. He tenido terribles experiencias de terremotos devastadores y bombardeos. Cuando los B-29 norteamericanos vinieron a bombardear, pasé un miedo terrible en el refugio antiaéreo con mi hijo de pecho. Ha habido también momentos en los que he deseado morir, debido al acoso, la traición y la tristeza.



1913. A los 3 años, con mi madre. En aquella época la familia no tenía ninguna dificultad.

Mi madre ingresó en la residencia de ancianos, diciéndonos: «No quiero seguir siendo una molestia para vosotros», y la despedida fue tristísima.

También me sumí en la inquietud cuando me operaron de glaucoma, temerosa de quedarme ciega.

Ahora vivo sola en mi casa. Seis días a la semana viene una asistenta. Ken'ichi, mi hijo de 64 años, me visita un día a la semana. La verdad es que cuando la asistenta y mi hijo se marchan, me siento muy triste. Sobre todo cuando se acerca la hora de la partida de Ken'ichi, me sumo en la tristeza y me vuelvo muy callada. Pero cada vez que eso me sucede, me doy ánimos a mí misma, diciéndome: «¡Mantente firme!».



1944. Casamiento con mi segundo marido. Fueron unos días muy felices.

En mi juventud, cuando sufría acoso en mi lugar de trabajo, solía ir a un puente, el Koorabashi, que significa «puente al que viene la felicidad». Mi amiga Fuchan acudía a consolarme, me daba ánimos con el rostro sonriente. Cuando cesaban las lágrimas y contemplábamos el cielo azul y las nubes blancas me sentía muy serena. Han transcurrido más de ochenta años desde aquel entonces.

Desde que, pasados los 90, empecé a escribir poemas, he hecho una observación, y es que, a pesar de haber tenido unas experiencias muy duras, ahora existo gracias a mis padres, mi marido, mi hijo, mi nuera, mis parientes y amigos.



Ceremonia de ingreso en la escuela primaria de Ken'ichi. Yo tengo 40 años. No puedo olvidar la cara de felicidad de mi hijo.

He ido al río a lavar la ropa con mi madre, he jugado a las cartas con mi marido, mi hijo y mi nuera y los cuatro nos hemos reído mucho, he ido con mi hijo al baño público, al cine, al balneario, he viajado cada año con mis primas..., así que también tengo muchos recuerdos divertidos.

Nací en Tochigi, en 1911, hija única de Tomizo y Yasu Morishima, que poseían un comercio de arroz muy próspero, pero debido a que mi padre era vago de nacimiento, el negocio fue declinando gradualmente, y en mi adolescencia la casa pasó a otro propietario y mis padres y yo nos alojamos en un grupo de humildes casas adosadas para cinco familias.



Hace aproximadamente treinta años, junto con mi marido y mi hijo. Esta foto la tomó mi nuera Shizuko.

Sin embargo, mi madre, al contrario que mi padre, era muy trabajadora. Además de las tareas domésticas, trabajaba como doncella en un *ryokan* (posada típica japonesa) y confeccionaba kimonos por encargo. Así pudo sostener a la familia y criarme. En mi adolescencia me apenaba mucho que mi madre trabajara tanto.

Era veinteañera cuando me casé, una boda concertada a través de un pariente. Aquel hombre no aportaba nada a la economía familiar y ni siquiera pudimos disfrutar de la luna de miel. Seguramente ni tan solo existía amor entre nosotros. Él era terrible, y me divorcié al cabo de seis meses, a través también de un intermediario.



Cuando era septuagenaria me dedicaba intensamente a la *buyoo*, la danza japonesa, y llegué a enseñarla.

La experiencia me había prevenido contra el matrimonio, y durante unos diez años viví con mis padres y trabajé como doncella en un *ryokan* confeccionando kimonos, habilidad que me había enseñado mi madre. Tenía 33 años cuando un cocinero que iba a comer a un restaurante donde por entonces trabajaba se fijó en mí. Era Eikichi, que me llevaba dos años y que sería mi marido. Ya bastante mayor se dedicó a dar clases en una escuela de cocina, y al parecer era tan experto que a partir de entonces prestó sus servicios en diversos restaurantes y *ryokan* de todo Japón. Debido a que le gustaba el juego, no pudimos ahorrar, pero no era bebedor y aportaba religiosamente el dinero para los gastos de la casa. Era un hombre muy servicial, y no solo cuidaba de mis padres, sino que también ayudaba a familiares y terceras personas.

Mi marido perdió a sus padres cuando era muy pequeño y, junto con sus hermanos menores, vivió turnándose en los domicilios de varios familiares. Tal vez por ello se ocupaba de las tareas domésticas y cuidaba

muy bien de la familia.



Junto con mi nuera Shizuko y mi hijo Ken'ichi. En esta casa sigo viviendo sola.

En 1944 nació Ken'ichi. Mi marido y yo le pusimos ese nombre, deseándole que gozase de inmejorable salud^[5]. Esa fue la época más feliz para mí. El poema que escribí rememorándola es «Recuerdo, II», de esta antología, mi poema favorito. Si cierro los ojos, incluso ahora recuerdo la fragancia del osmanto, los sonidos de la ciudad y la música que se oía.

Por aquel entonces, como mi marido solía estar ausente de casa, Ken'ichi era un hijo de mamá. Cuando cursaba la enseñanza primaria, aproximadamente durante un año cada día le acompañé a la escuela y me quedaba allí hasta la hora de comer.



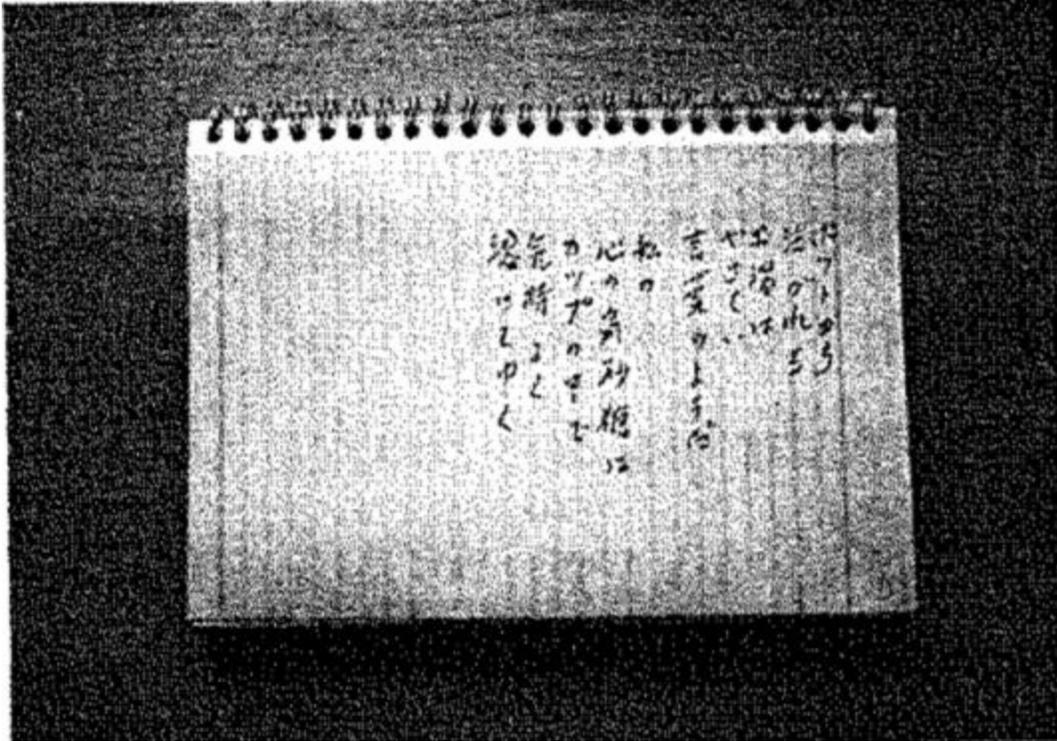
Rodeada de enfermeras y asistentes. Charlando con ellas me olvido del paso del tiempo.

Mi hijo tiene un carácter dulce, pero es de genio vivo, y por ello, al hacerse adulto, muy a menudo se peleaba con mi marido. Ninguno de los dos bebía, pero a ambos les gustaba el juego. Además, los dos nacieron en el año del Gallo^[6], y seguramente por este motivo chocaban con frecuencia. Sus divergencias me preocupaban pero, al mismo tiempo, me divertían. Al fin y al cabo eran padre e hijo y se parecían mucho.



El doctor Sekiguchi y una de las enfermeras que me visitan en casa. Todos sonreímos con naturalidad.

A mi marido, especializado en cocina china, le habría gustado que Ken'ichi también fuese cocinero, pero el chico empezó a interesarse por la literatura desde la segunda enseñanza, tal vez bajo mi influencia, pues me gustaba mucho el cine y la lectura, y empezó a enviar relatos a revistas literarias que a veces se los seleccionaban para su publicación. Shizuko, la mujer de mi hijo, era una colega que colaboraba en la misma revista literaria que él. Durante los dos primeros años de su matrimonio Shizuko y Ken'ichi vivieron conmigo, pero después, debido al trabajo de mi hijo, tuvimos que separarnos. Los padres de ella estaban postrados en cama, y Shizuko cuidaba de ellos, de su hermano menor y de mí, a pesar de que es bastante frágil. Es una nuera muy espabilada y siento que puedo dejar a mi hijo completamente en sus manos.



Cuaderno en el que anoto los poemas. Trazar los caracteres me cuesta un gran esfuerzo, pero son los míos.

Fue mi hijo quien me estimuló para que empezara a escribir poemas, a modo de consuelo, pues estaba deprimida porque, debido a la debilidad de la región lumbar, tuve que abandonar la práctica de la danza japonesa, que era mi principal afición. Tenía ya más de 90 años, pero sigo sin olvidar la emoción que experimenté cuando el diario *Sankei* eligió mi obra para su sección «El poema de la mañana».

Los poemas se me ocurren en la cama, cuando estoy acostada, o mientras veo la televisión por la noche. Cuando tengo un tema, tomo notas a lápiz, y el sábado, cuando mi hijo viene a verme, se lo leo. Con frecuencia lo reviso y finalmente lo completo. Así pues, para dar por concluido un poema necesito más de una semana.

En mi juventud me gustaba la lectura y el cine, así como las canciones japonesas del compositor Toru Funamura, que es de mi lugar natal, sobre todo *Wakare no ippon sugi* («El cedro del adiós»), que Funamura compuso con letra de Kimio Takano, fallecido a los 26 años. Siempre pensaba que

ojalá pudiera escribir yo unos poemas de esa calidad.

Una cosa que he observado al escribir poemas es que la vida no es solo triste y dura.

A la edad que ahora tengo, me resulta muy difícil levantarme por la mañana, pero de todos modos me levanto de la cama diciéndome «¡aúpa!», desayuno una tostada untada con mantequilla o mermelada y una taza de té inglés. A continuación, hago una lista de las tareas que encargo a la asistenta: limpieza, lavado y compras. Estudio el plan económico de la casa con los gastos domésticos incluidos y el plan de visitas al hospital. Es decir, utilizo la cabeza, estoy ocupada. Por ello, a pesar de que vivir sola me entristezca, procuro pensar así: la vida empieza siempre a partir de este momento. La mañana llega para todo el mundo.

Llevo veinte años de vida en solitario. Vivo con denuedo.



Agradecimientos

Estoy muy agradecida a la poeta Kazue Shinkawa, que me ha conducido a un lugar soleado e incluso ha escrito un prólogo para esta antología; a los doctores Maki Sekiguchi y Yoshinori Ueno, que me visitan en casa, cuidan de mi salud y me tratan desde hace más de diez años; a las asistentes que me ayudan en mi vida cotidiana; a la poeta y amiga íntima Tomeko Uemura, con quien intercambio palabras de estímulo por teléfono; a Yoko Morita, que me ha enviado una edición artesanal de mi antología ilustrada a mano; a Yoshiko Okada y Sumie Kodera, que tienen la amabilidad de regalarme bufandas, gorros de punto y otras cosas.

Gracias también a Toako Kubo, intérprete de *chungón*, que me regaló un disco compacto de música sobre mi poema «No te desalientes». La participación en el programa de radio de la NHK *Correo radiofónico nocturno. Entrevistas en el archipiélago* fue una experiencia totalmente nueva para mí. Masaji Oshida, de la sección cultural del periódico *Sankei*, me ha prestado su apoyo. He recibido cartas de muchos lectores de la sección «El poema de la mañana», y no podéis imaginaros hasta qué punto me han animado.

Mi agradecimiento a todas las personas de la editorial Asuka Shinsha que han intervenido en la confección de este libro.

Primavera del año 22 de la era Heisei (2010)
TOYO SHIBATA



TOYO SHIBATA nació en el año 44 de la era Meiji (1911) en Tochigi. Era la única hija de unos acaudalados comerciantes de arroz. Siendo ella adolescente, se produjo el declive económico de la familia y la muchacha tuvo diversos empleos en el ramo de la restauración. A los 33 años se casó con un cocinero y al año siguiente nació su hijo Ken'ichi.

En su juventud fue muy aficionada a la lectura, el cine y la música tradicional japonesa y cuando ya no pudo bailar empezó a escribir. Murió en 2013, a los 101 años, en un hogar de ancianos en Utsunomiya, al norte de Tokio.

Notas

^[1] Es el año 31 de la era Showa (1956). [*N. de los T.*]. <<

[2] Una de las series policíacas más populares de la televisión japonesa, con el actor Masakazu Tamura en el papel del detective Ninzaburoo Furuhashi. *[N. de los T.]*. <<

[3] Tipo de calefacción tradicional, una especie de mesa camilla muy baja provista de un grueso cobertor debajo del que se introducen las piernas. En el pasado se colocaba un brasero en el interior, hoy sustituido por un calefactor eléctrico. [*N de los T.* <<

[4] Koorabashi, «puente de Koorai», puede traducirse como «puente al que viene la felicidad». [*N. de los T*], <<

[5] Ken'ichi es una abreviatura de *kenkoo daiichi da*, «la salud es lo principal». [N. de los T], <<

[6] Del zodiaco chino. *[N. de los T.]*. <<